

cablegrama, se pondrá de acuerdo con él y obrará según lo que resuelvan. Hasta entonces, te ordeno que no te muevas de mi lado.

A esta explosión de autocracia familiar y financiera que transfiguraba á la pasiva señora Brandón, Derstal opuso la más desdeñosa frialdad.

—Aquí no se trata de dinero, señora; se trata de sentimientos, y en este orden de ideas no reconozco ninguna autoridad. Llevarme á su hija, después de las declaraciones que acaba usted de hacer, sería casi legitimar los agravios que, según dice, le he inferido; pero quedarme sería colocarme aún más bajo de lo que su desprecio me coloca. De un modo que no podía prevérsele hemos llegado á ponernos de acuerdo. La dejo, pues, con vuestro orgullo, con vuestra insensibilidad y con todos vuestros *dollars*. Como usted ha dicho, yo no soy más que un pobre compositor, y, por lo mismo, no me llevo de aquí más que mi música.

De un cajón sacó la partitura de *La Veneciana*. Susana, trastornada por la rapidez con que veía agravarse la situación, corrió al lado de su marido.

—¡Oliverio—exclamó,—por piedad, un poco de paciencia y un poco de moderación!

—Susana—dijo Derstal con tristeza,—las palabras que se acaban de pronunciar son imborrables. ¿Qué pensarías de mí si las sancionase con mi sumisión?

—Entonces, yo me voy contigo—dijo con desesperación.

—No, ahora no es posible. Reflexiona y espera. Quiero que medites con calma tu decisión. No puedo permitir que obres impulsada por un arranque generoso que luego podrías lamentar.

—¿Dudas de mí?

—¡Quién sabe!—respondió.

—Oliverio, tú no me quieres; tu única adoración es el arte. Yo lo suponía y tú me lo pruebas. Algunas veces te lo he oído decir: «Para un artista, lo único importante es la gloria.» Sin esta rival habríamos sido felices..... pero me sacrificas á ella.

Derstal, emocionado ante esta ardiente protesta, vaciló. Habría cedido tal vez, pero la irónica voz de Harry murmuró:

—Eso es dejar la luz por la sombra.

El rostro de Derstal se contrajo con amarga dureza; dió dos pasos resueltamente, y sin una mirada, sin añadir una palabra más, se fué.

V

Sentado á la mesa de su despacho, Lavirón estaba corrigiendo las pruebas de un artículo, cuando la criada, entrando bruscamente, le dijo:

—El señor Derstal pregunta si quiere recibirle.

El crítico levantó la cabeza, y como no dando crédito á sus oídos, repitió:

—¿El señor Derstal?

—Sí, señor, está esperando en el recibimiento.

—¿Le ha dicho usted que estaba en casa?

—Naturalmente, pues está usted. Además, debe haber visto el gabán y el sombrero colgados en la percha, y como se sabe que no tiene usted muchos donde elegir.....

Lavirón suspiró, y con una mueca que no hacía presagiar una recepción de las más cordiales, dijo:

—Que pase.

Puso en orden sus papeles, se levantó y fué á sentarse junto á la chimenea, en donde pareció ocuparse con mucho cuidado de reanimar las brasas de un fuego próximo á extinguirse. La puerta, al abrirse suavemente, no le hizo volverse, y cuando la criada hubo anunciado á Derstal, se limitó á mover la cabeza, sin mirar al visitante.

—Siéntese usted, señor Derstal—dijo la mujer adelantando una silla.

Y salió.

Entonces Lavirón se decidió á hablar, y muy fríamente preguntó:

—¿Qué motivo le trae á usted á mi casa, caballero?

—La extrema desesperación en que me encuentro—contestó sencillamente Derstal.

—¡Ah!—murmuró el crítico.—¿Sus asuntos no

marchan tan brillantemente como había usted supuesto? ¿La especulación americana no produce todo lo que prometía? ¿Ha fracasado el *trust* artístico? Estas contrariedades las tienen con frecuencia los especuladores; pero luego viene el desquite: usted enjaretará una nueva ópera para el *Cosmopolitan*.....; con un poco de *cake-walk* y algunos vales..... alcanzará un gran éxito ante un auditorio de negros ó de orangutanes.

—Yo no escribiré ninguna ópera para el *Cosmopolitan*—dijo Derstal, sin darse por aludido por los sarcasmos del crítico.—He quemado la partitura que estaba escribiendo.....

—¿Ha recobrado usted algo el sentido artístico, caballero?—dijo Lavirón, mirando de soslayo á su antiguo favorito.—Pero faltar á todos sus compromisos le costará algo caro.

—Menos caro que faltar á mi conciencia.

—Bueno, éstas son palabras mayores; pero, en fin, su suegro está de por medio para arreglar bien las cosas y facilitarle todos sus caprichos.

—Mister Brandón no arreglará nada, ni de hoy en adelante facilitará más mis caprichos: me he marchado de su casa.

—¿Y desde cuándo?—interrogó Lavirón, volviéndose bruscamente y mirando con fijeza á Derstal.

—Desde esta mañana.

—Es bien reciente; volverá usted; no se abandona tan fácilmente un comedero de oro.....

—No volveré nunca más, porque he comprendido el desprecio que esas gentes sentían por mí, y no quiero merecerlo.

Lavirón no replicó, bajó la cabeza, revolvió las brasas con las tenazas, y al cabo de un momento dijo:

—Todo lo que el dinero toca se corrompe inmediatamente. El lucro es un agente irresistible de descomposición; el amor que no es desinteresado, es repugnante, y el arte que no está exento de venalidad pierde toda su grandeza. La gloria, como la pasión, debe tener la blancura y la dureza del diamante. Todo esto, Derstal, yo se lo había dicho muchas veces, y, al parecer, me creía usted; pero la juventud se deja arrastrar fácilmente, y comoquiera que la tentación no podía ser más seductora, usted la siguió por el camino pernicioso. Desde aquel momento sólo había para usted dos soluciones: ó dejarse bastardear por la ociosidad y el lujo, ó rebelarse contra la disminución de su individualidad. Una cosa podía costarle la gloria, la otra podía costarle la felicidad. Me dice usted que está desesperado, y esto me indica que se ha decidido usted.

—Sí, mi querido maestro—dijo Derstal con voz ahogada;—y al dirigirme á usted lo hago con el corazón rebotando amargura. Al verme solo, en mitad de la calle, sin apoyo y sin más equipaje que la partitura incompleta de *La Veneciana*, me he sentido tan débil, tan abandonado, que no he

tenido más que un pensamiento: venir á llamar á su puerta. Me he acordado de las bondades paternales que había tenido usted para mí, y también de sus rigores, que tanto he merecido; he concebido la esperanza de encontrar una gran indulgencia para mis faltas, y he creído que si venía á llorar á su lado, no me rechazaría.

Por sus mejillas rodaron lágrimas silenciosas y amargas. No las secó, y con una ternura que ya no era dueño de disimular, Lavirón descubrió en el rostro de Derstal las huellas de los pasados sufrimientos y de las humillaciones sufridas.

—Vamos, hijo mío—dijo el crítico, encontrando de nuevo el cariñoso tratamiento que en otros tiempos daba á aquel hijo de su pensamiento,—cuéntame todo. Ahora que estoy seguro de que eres sincero, quiero oírte. ¡Ah! Muchos momentos he creído que te habías perdido para el arte, para mí, para todos, y que me había equivocado con respecto á ti; pero veo que aquellos por quienes nos dejaste te han hecho comer un pan muy amargo. Benditos sean, pues con su modo de proceder te han devuelto á tu verdadero destino. Una operación quirúrgica, por terrible que sea, si salva al enfermo, no se debe lamentar. Tú te curarás, hijo mío, y yo te ayudaré.

Entonces, con completa franqueza, Derstal trazó al crítico el cuadro de su vida en la suntuosa morada de los Brandón, y le explicó las causas de su

desencanto y le confesó sus debilidades y complacencias; la incompatibilidad absoluta que se estableció entre los gustos, las tendencias, las necesidades de la carrera del artista, y las costumbres, preferencias y deseo de aquellos extranjeros instalados en la sociedad como en un hotel, y cortando todas las cuestiones con esta sola palabra: pago. Lavirón comprendió que el inocente Derstal, ruiseñor salvaje, encerrado con aquellos orgullosos guacamayos en una rica pajarera, había sentido la nostalgia de sus tranquilos bosques, y en medio de tantos gritos discordantes había perdido la voz.

—Esos americanos, amigo mío —le dijo, —tienen un temperamento completamente opuesto al nuestro. Son gentes nuevas que vienen de un país nuevo también, y que de pronto se encuentran en contacto con una raza muy antigua de un mundo muy viejo y muy refinado. Nos causan el efecto que debemos causar nosotros á los chinos cuando nos instalamos en su patria con nuestras costumbres y nuestras modernas invenciones: todo es chocante, sorprendente, extraordinario. Materialmente, el desacuerdo era inevitable, pues ellos ruidosos, precipitados, precoces y tumultuosos, mientras usted es reflexivo, tranquilo y reposado; pero intelectualmente, el antagonismo debía ser horrible. Ni una sola de sus ideas, desde el punto de vista estético, podía ser compartida por las gentes en medio de las cuales vivía usted. Un náu-

frago en manos de los habitantes de las islas Sondas no debe sentirse más expatriado de lo que lo estaba usted en el seno de la familia Brandón. Seguramente ellos no se sentían animados de malos deseos; pero les era imposible realizar sus buenas intenciones, dado caso que las tuviesen. Es una cuestión de raza y de educación; forzosamente tenían que vivir siempre como gatos y perros. Sin embargo, ¿Susana le quiere á usted?

—Me quiere—dijo Derstal.

—¿Ha tratado usted de arrancarla del ambiente que la rodea? Porque al fin y al cabo, usted es su marido y tiene derechos sobre ella.

—La pobre estaba dispuesta á seguirme, á pesar de la resistencia de los suyos. Yo soy quien se lo ha impedido. Al llevármela, se habría podido creer que intentaba un negocio miserable. Esto me ha indignado.

—Sin embargo, si ella se dirige á usted, ¿la rechazará?

El rostro de Derstal enrojeció.

—He pensado que efectivamente podría venir á mí; ése sería mi triunfo. ¿Me aconseja usted que no la rechace?

—Sin duda alguna. Hijo mío, si esa mujer es lo bastante noble de corazón y de espíritu para preferir su amor y su gloria al lujo ridículo de su familia, sería usted un loco no secundando su tentativa. Usted se ha marchado de su casa para recobrar su independencia; si ella quiere com-

partirla con usted y con su pobreza, ¿con qué derecho se lo impediría usted?

—¡Ah, no digamos locuras!— exclamó Derstal con abatimiento.—No vendrá; el lujo sujeta con cadenas tan poderosas, que ella no tendrá bastante fuerza para romper.

—Y usted—dijo Lavirón, mirando fijamente á Derstal,—¿tendrá bastante fuerza para persistir en su resolución?

—Sí, mi querido maestro, y crea que no tendré gran mérito; pues dadas las condiciones en que vivía, no me quedaba más recurso que elegir entre la fuga ó el suicidio.

—¡Pobre hijo mío! ¿Tanto has sufrido?

—Imagínese un desgraciado que siente que su cerebro pierde toda su fuerza, que pierde también la noción de sí mismo, y que se busca, sin conseguir encontrarse. Esa era mi vida: me volvía loco de enervamiento y de inquietud. Entonces comprendí que era preciso elegir entre la muerte de mi pensamiento y mi vida ordinaria, y resolví libertarme de una vez.

—¿Y qué es lo que piensa hacer de su libertad?—preguntó Lavirón.

—Trabajar sin descanso hasta que *La Veneziana* esté terminada. Es cuestión de dos meses.

—¿Y cómo vivirá usted durante este tiempo? Yo no soy rico, pero cuanto tengo está á su disposición.....

El joven bajó la cabeza.

—No necesitaré nada..... Desde hace un año mis derechos se acumulan sin que haya tocado un céntimo. Indudablemente tengo á mi disposición más dinero del que necesitaré. Esta noche iré á dormir á casa de Pinchart, y mañana me instalaré cerca de París, en un rincón solitario donde pueda trabajar con silencioso recogimiento. Con objeto de que no vengan á importunarme, no daré mi dirección más que á usted y á mi editor.....

Con un gesto Lavirón aprobó las palabras del joven, y luego, mirándole fijamente, como si quisiese leer en el fondo de su interior, dijo:

—¿Y esto es todo? ¿No irá usted á ver á nadie más?

Reinó un momento de silencio, que rompió Derstal para decir con voz trémula:

—Usted quiere referirse á Eva Brillant, ¿no es cierto?

—Sí, á Eva Brillant.

—Después de mi brusca marcha de casa de los Brandón, si volviera á ver á Eva daría lugar á que mi mujer y sus padres creyesen que mi resolución ha sido motivada por causas que la desnaturalizarían completamente. Si quiero pasar por un hombre honrado, no puedo vivir más que en la más completa soledad.

—Perfectamente; estamos de acuerdo. No pierda tiempo, hijo mío; adiós, y valor.

Al día siguiente, Derstal y Pinchart fueron á Saint-Cloud, y el primero alquiló un pabellón

amueblado, rodeado de un bonito jardín, y enclavado en el parque *Pozzo di Borgo*. Desde las ventanas, la vista se extendía por el Sena, el bosque de Bolonia y París. Un jardinero y su mujer vivían en la casa, y se encargaban de servir á Derstal. Pinchart se encargó de enviar un piano á su amigo, y el compositor durmió aquella misma noche en su nueva morada. Sólo hacía veinticuatro horas que se había marchado del hotel de la plaza de los Estados Unidos, y le parecía que habían transcurrido dos años. Había tenido la agradable sorpresa de encontrar en casa de su agente una cantidad bastante crecida de derechos, y su editor se había apresurado á ofrecérsele. Reafirmado su espíritu y recobrado el impulso, el deseo de trabajar se le impuso de nuevo.

Después de una noche tranquila, se levantó temprano y salió al jardín. El aire era fresco, y el sol de Abril hacía que se abriesen los botones de los árboles. Las abiertas flores de los árboles frutales hacía que pareciesen cubiertos por un velo rosa y blanco. Derstal respiró con delicia los acres olores de la tierra, calentada por la fecundación. Pasando por una callejuela, llegó hasta la línea del ferrocarril, y siguiendo la orilla del Sena anduvo hasta llegar á Suresnes. Allí se detuvo, almorzó en un ventorrillo frecuentado por los descargadores de los barcos, y se entretuvo viendo pasar los remolcadores y escuchando el silbido de sus máquinas.

Á las cuatro volvió á Saint-Cloud, en el preciso momento en que acababa de llegar el piano prometido por Pinchart. Derstal se puso á trabajar, y de un tirón bosquejó el final del tercer acto, que desde por la mañana estaba dándole vueltas en su imaginación. Comió, se acostó á las nueve y durmió tranquilamente. Al día siguiente por la mañana estaba trabajando de nuevo, cuando el jardinero, que estaba arreglando la casa, entró bruscamente y le dijo:

—Señor, un caballero pregunta por usted....

Asombrado, Derstal salió al jardín, y ante la escalinata encontró esperando á su cuñado Harry.

—Buenos días, querido Oliverio—dijo el joven americano subiendo flemáticamente los escalones.

—Es bonita esta casa. Un poco fría, pero ya se acerca la primavera..... ¿Le extraña á usted verme? Vamos, usted no podía pensar que todo hubiese terminado entre nosotros: es usted el marido de mi hermana.....

Derstal, sonriendo irónicamente, preguntó:

—¿Cómo han sabido ustedes que me había retirado aquí?

—¡Oh, muy fácilmente! Un grande hombre no puede perderse en París sin dejar huella de sus pasos..... Encargué á una agencia que le buscara, y antes de veinticuatro horas nos han dicho dónde estaba. Para encontrar á los hombres honrados no hay nada como estas agencias; pero parece ser

que cuando se trata de pícaros no se pone nada en claro.....

Habían entrado en el salón que servía á Derstal de gabinete de trabajo: Harry, señalando al piano, dijo:

—Éste ha sido el traidor: por él se ha sabido en dónde estaba usted. Un compositor no podía vivir sin piano, y sólo había dos casas para escoger: Erard ó Pleyel. En una hora, y por el constructor, se ha sabido que estaba usted aquí.

—Muy ingenioso—dijo Derstal;—pero ¿puedo conocer el objeto de su visita?

—¡Ah, querido!..... Veamos..... Nosotros no podemos continuar en la situación en que nos ha dejado usted....., y eso debe comprenderlo perfectamente.

—De ningún modo, no lo comprendo—contestó friamente el compositor.

—Pues bien, yo se lo digo..... Su marcha de casa es una testarudez, una cabezonada; usted ha debido reflexionar.

—Con efecto, he reflexionado; pero mis reflexiones no han modificado mi resolución.

—Qué, ¿persiste usted en la idea de separarse de nosotros?

—Libre y pobre, sí.

—¿Y su mujer?

—El sitio de mi mujer está en mi casa. Se lo reservo, y puede venir á ocuparlo cuando le plazca.

—Pero esto es una locura.

—Si ha venido usted para discutir conmigo, mejor hubiera hecho en no molestarse.

—Entonces, ¿es usted irreductible?

—No tengo más remedio que serlo. Después de las palabras pronunciadas ayer por su madre, no puedo volver sobre mi resolución sin deshonrarme.

—Mi madre se enfureció; lo lamenta.

—En un momento de franqueza dijo lo que nunca había dejado de pensar: su hermana, su familia, y usted mismo, tuvieron un capricho por el artista; el capricho ha pasado, y, ¿qué diablos hacer con él? Un objeto, un mueble que deja de gustar y que molesta, se revende. Pero un marido..... Y hé aquí que todavía se atreve á insubordinarse, y se marcha de casa. Como es muy conocido el incidente, no puede pasar inadvertido, y los periódicos lo comentarán. ¡Esos Brandón que se pagaron un grande hombre! Y resulta que el grande hombre se queda reducido á nada, y no da dividendos de amor propio. Con todo esto, ¿no se puede divertir á la galería? Pero aún hay más: no contento con no ser de ninguna utilidad, introduce la discordia en la familia. Que le vayan á buscar, y, por lo menos, que vuelva. Ya que no sirve de provecho, que no sea perjudicial. Vamos, Harry, tome el tren, vaya á Saint-Cloud, y no vuelva sin traerlo.

—Oliverio—dijo el joven Brandón,—¿cuánta amargura respiran sus palabras!

—¿Usted sabe lo que he tenido que sufrir

desde que entré en su familia?—replicó Derstal con energía.—¿Sabe usted la vida que observaba, y que de haberse prolongado me habría conducido á la pérdida total de mi personalidad, cosa que habría acabado por desesperarme, hasta el extremo de que un día me habrían encontrado ustedes sentado delante del papel de música con la cabeza destrozada? Abriéndome las puertas de su casa, tanto usted como los suyos, creyeron que daban mucho, pero me daban cien veces menos de lo que yo les devolvía..... ¡Millonarios como Brandón! Un *trust* afortunado los produce todos los días en un país como el suyo en que todo se valúa y se paga; pero yo, yo.....

Una llamarada iluminó los sombríos ojos de Derstal. Se levantó ante Harry con orgullo, y consciente de su fuerza y seguro de su genio recuperado, añadió:

—No vayamos más lejos..... Yo pondría en la balanza que sirve á su padre para su comercio mi pasado y mi porvenir, y ustedes me acusarían de ser un monstruo de orgullo. Pero no olvide nunca esto: estoy otra vez en posesión de mí mismo. Sé lo que valgo, y por todo el oro de los Brandón no volvería ahora la espalda al camino que debo recorrer. Las últimas palabras de su hermana fueron éstas: «Tu no tienes más pasión que la gloria.» Pues bien; creo que tuvo razón. Sin embargo, á ella también la quiero sinceramente, y puede usted decirla que la espero.

Harry, mucho más emocionado de lo que habría querido parecer, tuvo la sensación de que Derstal decía verdad; que había vuelto á ser el gran artista que los había subyugado á todos, y que, al recobrar su libertad y poderío, se había puesto de nuevo en camino para realizar su admirable destino. La rabia y la envidia trastornaron su cerebro.

—Derstal, — dijo — no olvide que una mujer abandonada puede recurrir al divorcio, y que las afecciones antiguas pueden ofrecerla una existencia más halagüeña.....

—Jim, ¿no es cierto?—replicó el compositor con rudeza;—y los cerdos de Cincinnati, y las fábricas de Chicago, y los cauchos de San Lorenzo, y todo el lujo, todas las coqueterías y todos los «firtes»..... eso será lo que ustedes reservan á la que ha sido la compañera de Oliverio Derstal. Déjela escoger: si vacila un momento, demostrará que no era digna del nombre que llevaba, y el último pesar que habrá dejado en mi corazón se extinguirá para siempre.

Saludando á su cuñado con una altiva inclinación de cabeza, abrió él mismo la puerta, indicándole la salida. Al quedarse solo se sentó al piano, y al alejarse Harry pudo oír que había reanudado su trabajo, interrumpido sólo para recibirlo. En ninguno de los momentos de su carrera Derstal se había sentido tan dueño de su cerebro, tan seguro de su esfuerzo, y nunca había